

ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA



Modesto Néstor González Sanz, *Néstor* (Oviedo, 1943),
Martes de Campo, 2021

ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMEROS 5 Y 6

AÑOS XC Y XCI

OVIEDO • 2021

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones
manifestadas por sus colaboradores

COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos y Alberto Carlos Polledo Arias (†)

EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 3.ª planta

33009 Oviedo. Teléfonos 984 281 135 y 684 609 221

labalesquida@telecable.es | www.martesdecampo.com

HORARIO DE OFICINA

Lunes a viernes, de 10,00 a 13,00 horas

ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y LA PORTADA

Modesto Néstor González Sanz, *Néstor* (Oviedo, 1943), *Martes de Campo*, 2021, dibujo digital, impreso sobre papel de hilo, 420 × 295 mm (cubierta y portada), y María Antonieta Laviada (Gijón, 1951), *Playa de San Antolín de Bedón (Llanes)*, 2009; chapa de madera, 360 × 460 mm (contracubierta y colofón)

COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Krk Ediciones. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo

www.krkediciones.com

IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300 • D. L. AS-970-2016

Índice

Salutación

José Antonio Alonso Menéndez	5
<i>Sociedad Protectora de la Balesquida</i>	
Junta Directiva	8

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2019

Mi ciudad, Oviedo

Margarita Fuente Noriega	II
------------------------------------	----

LA BALESQUIDA: HISTORIA Y TRADICIONES

Noventa años de la Sociedad Protectora de la Balesquida

María del Carmen López Villaverde	29
<i>Primera edición de los Estatutos de la Sociedad Protectora de la Balesquida (1930)</i>	35

ESTUDIOS SOBRE ASTURIAS

Una crónica inédita de la visita de Isabel II y el príncipe de Asturias a la villa de Mieres del Camino en 1858

Celso García de Tuñón Aza	43
<i>Mario Gómez y el Tous pa tous, Sociedad Canguesa de Amantes del País</i>	
María del Carmen López Villaverde	69

ESTUDIOS OVETENSES

Síntesis histórica de las aguas ovetenses

Manuel Gutiérrez Claverol	83
<i>Cómo comimos los ovetenses</i>	
Eduardo Méndez Riestra	121

<i>Neptuno o el abandono. Noticia de la autoría y orígenes de una escultura en la ciudad de Oviedo</i>	
Francisco Crabifosse Cuesta	173
<i>Teatinos, el primer gran campo de deportes de Oviedo</i>	
Marcos García Álvarez	197

HOJAS OLVIDADAS

<i>Film de Oviedo</i>	
Corpus Barga (1887-1975)	219
<i>Corpus Barga y su Film de Oviedo: impresiones literarias</i>	
Javier González Santos	223

POEMAS

<i>Cuatro poemas y un villancico</i>	
Francisco José Manzanares Argüelles	255

SEMBLANZA

<i>José María Fernández-Pajares: semblanza humana e intelectual</i>	
Juan Fernando Fernández Gómez	271

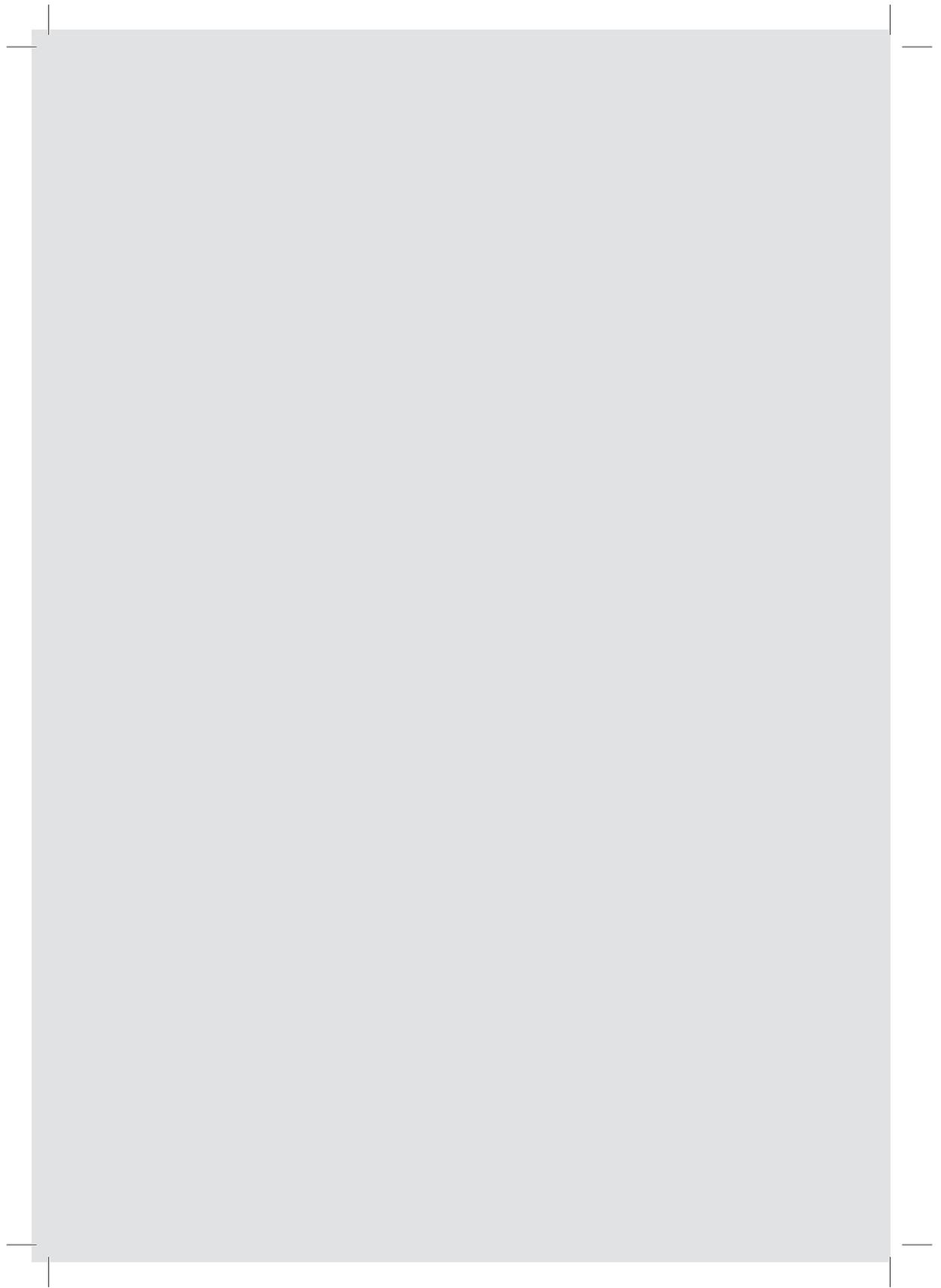
NECROLOGÍA

<i>Alberto Carlos Polledo Arias: un hombre que dejó huella</i>	
Sociedad Protectora de la Balesquida	297

NUESTRA GALERÍA

<i>Un poco de luz para el mundo</i>	
Luis Feás Costilla	321
Índice de anunciantes	325

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2019



Mi ciudad, Oviedo

MARGARITA FUENTE NORIEGA

Autoridades, presidente, directivos y directivas de la SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA, amigos y amigas, muy buenas tardes.

En ocasiones, la vida te ofrece bonitas sorpresas y momentos felices y les aseguro que éste es uno de ellos. Ser pregonera de una de las fiestas más emblemáticas de esta ciudad, mi ciudad, Oviedo, es para mí un honor y un orgullo difícil de explicar con palabras.

Cuando Guillermo (*Willy*) Pola, amigo (y además mi primo), me llamó y me dijo que habían pensado en mí para dar el pregón de las fiestas de este año, dos sentimientos afloraron de inmediato: el primero, asombro absoluto y el segundo, agradecimiento profundo. Nunca pensé verme en una situación similar y sobre todo que se hubiera pensado en mí para un momento tan importante como este abrir las fiestas que organiza la SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA y la celebración de nuestro Martes de Campo, día tan especialmente querido por todos los ovetenses y residentes en nuestra ciudad.

¡Qué honor y qué responsabilidad! Pero también, sin duda, qué alegría por ser yo la elegida. De modo que, tras el estupor inicial, rápidamente me sentí, y me siento, enormemente agradecida.

Gracias, muchísimas gracias a la directiva de la SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA y muy especialmente a Willy Pola y a su presidente José Antonio Alonso, por ofrecerme la oportunidad de estar aquí hoy en el escenario de este teatro Filarmónica, para leer el pregón de inicio de estas fiestas, algo que, repito, nunca hubiera soñado en mi vida, pero que me emociona y me hace muy feliz.

Debo confesar que después de estas emociones me entró un vértigo tremendo y yo diría que hasta un pequeño momento de pánico. ¡Pero si

yo nunca hice un pregón! Qué puedo decir y contar que realmente tenga interés, máxime teniendo en cuenta las importantes personas que me precedieron en esta tarea. Así que durante un tiempo no hice más que reflexionar y sobre todo recordar mis vivencias, mis momentos especiales, mis sitios preferidos en esta ciudad en la que llevo viviendo casi toda mi vida, y llegué a una primera conclusión irrefutable: soy ovetense hasta la médula, llevo a Oviedo en mi ADN sin remedio. ¡Vamos! que soy una clásica OTV, siglas que mis hijos utilizan para definir a los de «Oviedín de toda la vida», y esto me ha dado una cierta tranquilidad a la hora de afrontar el momento de escribir estas líneas. Seguro que algo podré contar, me dije, y aquí estoy ahora para contárselo. Sé que son recuerdos, sensaciones, momentos, sitios, todos muy personales y especiales para mí pero que conforman mi particular visión de la ciudad y de su gente. Solo espero ser capaz de transmitirlos con la misma pasión con las que yo los he revivido y sí les puedo asegurar que han salido del cariño profundo que siento por esta ciudad, mi ciudad.

Nací en Oviedo hace ya unos cuantos años, en el seno de una familia muy ovetense. Mi abuelo, José Fuente Díaz-Estébanez, de Trubia, y al que no tuve la suerte de conocer fue nombrado hijo predilecto de Oviedo, en el año 1929, todo un honor sin duda, y mi padre, nacido también en Trubia y por el que siento una gran admiración, fue un ovetense, yo diría que ejemplar. Sé que él y mi madre estarían muy orgullosos de verme aquí hoy en este teatro, leyendo este pregón, preludio de unas fiestas tan propias y especiales para esta ciudad.

Nací al lado del Campo de San Francisco, y las circunstancias han hecho que aquí siga viviendo. Lo primero que veo al levantar las persianas cada mañana es el monte Naranco, con la figura del Sagrado Corazón como vigilante constante de la ciudad y mi querido Campo, impresionante y grandioso en cada una de las estaciones, frondoso y de un color verde tan intenso en primavera y verano que alegra el espíritu; teñido de un espectacular color anaranjado en otoño, con el suelo plagado de hojas y de castañas, una bonita imagen que invita a la nostalgia, y en el invierno, un poco «despeinado» y algo raído y «calvo» que aunque produce, a veces, un poco de tristeza, verlo así en un día lluvioso, desde el calor de mi casa me produce paz. Guardo un especial recuerdo de una noche de invierno fría; había nevado en abundancia y nevaba en ese instante (cosa ya rara en estos días, pero no

tan infrecuente en otros tiempos) y salimos a pasear con *Tripper*, mi perro de entonces. No era un día feliz, pero la paz y la sensación de bienestar que sentí en aquellos momentos se han quedado en mi memoria. Soledad absoluta, un gran silencio favorecido por la caída de la nieve que amortigua los sonidos, los caminos teñidos de blanco y los árboles repletos de nieve creando unas imágenes a cual más espectacular lograron esos efectos. Siempre me ha gustado la nieve, quizás porque nació un día nevado del mes de febrero.

Muchas veces, cuando lo miro desde mi casa me quedo sin palabras y me alegro de que la cotidianidad y la rutina de su visión no me impidan seguir teniendo esa sensación. Cruzo, paso y paseo por el Campo no sé cuantas veces al día y si las multiplico por todos los días de mi vida saldría una cifra que seguro asustaría.

Si me remonto a mi niñez, cómo no recordar los días de juegos (cuántos *cascayos*), los barquilleros con sus barquillos y galletas con miel, el pirulero con sus pirulís clavados, la jaula de los osos Perico y Petra, los pavos reales con su característico cantar que muchas veces me despertaba, el quiosco de La Chucha donde se compraban *banzones* y arroz para dárselo a las palomas, junto al estanque, los aguaduchos (porque había dos) que tanto gustaban a mi padre, los *vallaurones* que durante décadas velaron por la seguridad del Campo.

Y qué decir del *Martes del Bollu* o Martes de Campo. Día de fiesta y de pitanza en familia y con amigos. Recuerdo despertarme con el sonido de las gaitas por las calles y de ir con mi madre a buscar los *bollus preñaos* y el vino cada año, y como mi abuela esperaba con ansia por ellos y todos juntos disfrutarlos

Una de las cosas que más me gustaba y me llamaba la atención era que ese día se podía pisar el *prau*, quizás por el placer que a veces produce el poder hacer lo que siempre estaba prohibido. Y así los *praos* siempre tan impolutos se cubrían de manteles de cuadros y salían a relucir los *bollus*, pero también las tortillas de patata, las empanadas, los filetes empanados y tal vez las *casadielles*... y lo que hiciera falta, que ya sabemos que aquí en lo de comer no nos gana nadie, regados, claro está, con vino y sidra. Y la gente de todas las edades, algunos con sus gorritos hechos de periódicos para cubrirse de los rayos del sol, cuando lucían claro, sentados en el suelo o en los bancos o incluso en sillas que habían llevado, degustando sus manjares y disfrutando.

Más adelante, en el tiempo y durante mi etapa de estudiante universitaria, recuerdo muchos Martes de Campo preparando exámenes y conformándome con mirar desde la ventana, con cierta envidia, cómo grupos de familias y amigos se dedicaban a comer y a pasarlo bien. Yo lo comía, pero en casa, y sentía una gran pena de mí misma, lo reconozco. Y esto por cierto se repitió andando el tiempo cuando ya siendo profesora en la Universidad tuve que dedicar también varios Martes de Campo a corregir exámenes de mis estudiantes.

Siempre seguí disfrutando de este día con mi familia, con mis hijos cuando eran pequeños, ya que luego ellos se sumaron a la moda de ir a otros parques donde la tradición se fue extendiendo y ahora en esta etapa de la vida lo sigo haciendo con amigos y no sin una cierta nostalgia y un gran recuerdo de quienes ya no están con nosotros.

Oviedo es una ciudad que siempre ha disfrutado y disfruta de sus fiestas. En este repaso de mis vivencias, no puedo olvidar las visitas que hacía con mi padre a las exposiciones de ganado en la feria de la Ascensión ni, por supuesto, las fiestas de San Mateo con la música de las gaitas, los gigantes y los cabezudos que me encantaban (me contaron que siendo muy niña un cabezudo se me acercó y muy suavemente me dio en la cabeza y armé un alboroto de cuidado). Acudir a las barracas era una costumbre que no podía fallar de ninguna de las maneras. Tanto me gustaban que tengo recuerdos de cuando se instalaban en el entonces llamado campo de Maniobras y más tarde, en San Pedro de los Arcos, donde parábamos, ya siendo adolescentes, cuando bajamos caminando del colegio y así aprovechábamos para coincidir «casualmente» (y lo digo entre comillas) con algunos amigos que especialmente nos interesaban y alegraban la vista.

El desfile del *Día de América en Asturias* era otro clásico día que aún hoy sigo desde mi casa. Y la temporada de ópera en el teatro Campoamor que entonces se concentraba en unos pocos días durante las fiestas de San Mateo y a la que tuve la suerte de que mis padres me llevaran desde niña. Más tarde tuve la fortuna, siendo miembro de la Coral Polifónica Ciudad de Oviedo, de compartir el escenario del Campoamor con Montserrat Caballé y Luciano Pavarotti en una representación extraordinaria de la ópera *Luisa Miller* que causó un verdadero impacto, no solo por la presencia de estos increíbles artistas, sino también y seguramente por la vinculación

emocional de muchos de los componentes del coro con el público. Fue la única ópera que preparamos bajo la dirección artística de mi admirado Emilio Sagi, pero fue un momento mágico e inolvidable. Y aún hoy presumo de haber compartido escenario con ellos, cosa que no todo el mundo puede hacer, aunque sea en mi humilde posición de «corista», dicho entre comillas.

San Mateo me produjo muchas noches sin dormir por el sonido de la música de los artistas y grupos, a veces de renombre, que visitaban La Herradura. Claro que la ventaja de vivir a al lado del Campo me permitía, no obstante, gozar de algunos «privilegios» como, por ejemplo, escuchar desde mi ventana todo un concierto que *Los Brincos* dieron en La Herradura, y conformarme con cantar desde allí sus famosos temas como *Un sorbito de champán* o *Bailando estaba con Lola*, ya que, muy a mi pesar, mi padre decidió que no tenía edad para asistir.

Hoy en día, San Mateo lo asocio más con las salidas con los amigos a disfrutar algún día de los chiringuitos y, más recientemente, el Gastromateo que tanto éxito ha tenido, tal vez por ocupar también parte del paseo del Bombé de nuestro querido Campo de San Francisco.

Viviendo tan cerca del Fontán resulta fácil imaginar que fue y es otro de los espacios más frecuentado al que acudo no solo para las compras habituales en la plaza, sino para pasear y tomar algo en Casa Amparo o Casa Ramón, y disfruto como nadie enseñándolo a las personas que me visitan. Creo que nadie mejor que Pérez de Ayala que, como bien sabemos nació y se crio a dos pasos del Fontán, para describirlo:

Escribe en su obra *Luna de miel, luna de hiel* de 1923:

La plaza del Mercado: Un gran espacio cuadrangular entre caducas y claudicantes casitas con soportales, que a las horas antemeridianas se colmaba con el aflujo de la aldea, en un ancho hervidero de colores, olores y clamores, los más nimios y acres...

Y continúa más adelante:

A primera tarde la plaza se desangraba e iba cayendo en pálida y silenciosa quietud, sin ningún signo de vida. En el aire inerte cerníanse las campanadas de la vecina Iglesia de San Isidoro, doblando a Ánimas.

De niña iba con mi madre a comprar las frutas y las verduras en los puestos que se ponían en el interior de la plaza y cerca de la fuente, donde sus dueñas no dejaban de parlotear («Buenos días, señorita. ¿Qué le pongo hoy, señorita?», repetían sin parar) y ofrecer lo mejores productos de la huerta, *les fabes*, las berzas... Aún guardo en mi mente los olores de aquellos puestos y la permanente sonrisa y la amabilidad de aquellas mujeres.

Y cómo olvidar el momento histórico, hace veinte años, en que fue derruido para proceder a su reconstrucción. Imágenes impactantes, sin duda, que vi en su día y que hace poco la prensa nos recordó. Pero al margen de toda polémica surgida en torno a ello, lo importante es su supervivencia y permanencia de un espacio que sigue siendo un emblema de nuestra ciudad.

Me sigue gustando ir al Fontán, a pasear tranquila, deambulando entre sus puestos, contemplar las plantas y las flores, su color, sentir el bullicio mañanero, comprar lo que tercie y tomar algo al sol en la terraza de Casa Ramón. Y es verdad, como bien decía Pérez de Ayala, el contraste entre la mañana y la tarde, si bien observo que con el tiempo y la afluencia de turistas a nuestra ciudad dicho contraste se está difuminando, al menos en lo que se refiere a la parte gastronómica. Basta acudir una tarde y ver a mucha gente en días cálidos tomando algo en las terrazas y a niños jugando y disfrutando de ese espacio que por la mañana ocupan los diversos puestos y por la tarde queda vacío.

Muy cerca de allí, se encuentra otro de mis sitios preferidos en esta ciudad, donde se produjeron muchos momentos importantes de mi vida. Hablo de la Universidad de Oviedo y su emblemático edificio histórico, como se le conoce hoy día, que durante tantos años acogió a la Facultad de Derecho.

Cuántas horas de mi vida pasé en su patio, presidido por la estatua de Valdés Salas, su fundador hace más de cuatrocientos años, primero, como estudiante, y más tarde, como docente, en mi condición de profesora en la Facultad de Derecho. En el aula magna, en la que recibí mis primeras clases y en la que años más tarde leí mi tesis doctoral e impartí muchas horas de docencia. En el aula escalonada, preciosa (aunque hay que reconocer que algo incomoda), en el bello y tranquilo patio de Isabel II, tras el anterior Colegio de Recoletas que luego acogió al Rectorado; en el paraninfo y sus actos académicos, con el paseíllo por los soportales de los doctores revestidos con su togas, mucetas y birretes de diferentes colores; en la biblioteca

universitaria, un espacio que quita las palabras al verlo, como le ocurrió a SS. MM. los reyes, hoy eméritos, en el acto de inicio del curso de la celebración del IV centenario que tuve la suerte de vivir con intensidad en mi condición, entonces, de secretaria general, siendo rector Juan Vázquez.

La Universidad y su edificio histórico son sin duda otra visita obligada para mis visitantes que me encanta realizar.

Mis años de estudiante trascurrieron entre ese patio, cafés como *JL* y bares de alrededor, a los que acudíamos entre clases y clases o incluso cuando pirábamos alguna, cosa que también hacíamos. Pero también recuerdo Casa Manolo, en la calle Altamirano, donde solíamos acudir al acabar los ensayos de la Coral Polifónica Ciudad de Oviedo a la que entonces pertenecía. Recuerdo a Manolín escanciando sin parar y al que siempre le cantábamos alguna canción con gran regocijo por su parte. Los años de estudiante universitario son tan especiales e intensos que resulta difícil no rescatarlos de tu memoria. Muchas horas de estudio, muchos nervios previos a los exámenes orales (la mayor parte, entonces), nervios esperando en el patio por las papeletas con el resultado, pero también muchas horas de diversión, y cómo no, de aprender, de escuchar atentos y con interés a algunos profesores, y por qué no decirlo, también de aburrimiento con otros.

Creo que hoy día se vive la Universidad de otra manera y lo he podido comprobar en mis años de profesión en las aulas. Me da la sensación de que el vínculo que entonces se generaba entre los compañeros hoy es más difícil de encontrar. Las muchas horas compartidas en las aulas, en el patio, en los viajes de estudios y en otras actividades académicas y lúdicas gestó una amistad que en muchos casos aún perdura y no son pocas las promociones de entonces que aún seguimos reuniéndonos de vez en cuando y seguimos compartiendo nuestras experiencias vitales que se producen con el paso de los años y recordando las vividas en aquellos años universitarios. No quiero ser nostálgica ni tampoco definiendo aquello de que «cualquier tiempo pasado fue mejor...». Pero sí creo que hoy se vive la vida universitaria de manera distinta; los nuevos espacios, necesarios por otro lado, y el actual sistema universitario, sin duda mucho mejor en otras cosas, como en el sistema de enseñanza, más interactivo, práctico y tal vez más acorde con las exigencias laborales, dificulta en cierto modo lo descrito y ese sentimiento de grupo que en mi caso ha permanecido en el tiempo. Tal vez sea una sensación

equivocada y en el fondo así lo espero y deseo porque el paso por la Universidad debería dejar una impronta difícil de olvidar.

En todo caso, tenemos una Universidad de la que sin duda debemos sentirnos orgullosos y creo que Oviedo y sus gentes son, somos, consciente de ello.

Cómo no referirme a la labor del llamado Grupo de Oviedo, creador de la Extensión Universitaria, que ha cumplido el año pasado sus ciento veinte años de historia y que ha sido definida por Adolfo González Posada, uno de los fundadores junto a otros como Adolfo Álvarez Buylla, Aniceto Sela y Sampil, Rafael Altamira, Leopoldo Alas, *Clarín*, Félix Aramburu y Fermín Canella (todos de ascendencia asturiana y muchos de ellos ovetenses) como «toda labor expansiva de carácter educativo y social realizada por la Universidad fuera de su esfera oficial docente». Una gran tarea que acercó la Universidad a muchos colectivos y que por ello tuvo un gran eco y fue un ejemplo a seguir en otras muchas Universidades de España.

Me permito reproducir unas palabras del que fue rector, Juan Vázquez, con motivo de la Exposición *Tradición de futuro. Cuatro siglos de historia de la Universidad* dentro de los actos conmemorativos del IV centenario que creo siguen estando de plena actualidad. Decía Juan Vázquez al explicar este título que

lo que con ella [con esta exposición] queremos mostrar es una Universidad que tiene Tradición de futuro, es decir, que ha hecho de la apuesta por el futuro una constante de muchos momentos de su historia, que aunque se haya rezagado en ocasiones puede lucir etapas que han sabido adelantarse a los tiempos, que ha acertado a combinar la tradición con la innovación, que se siente orgullosa de su pasado y plenamente comprometida con el porvenir. Somos una de las Universidades más antiguas de España, una Universidad vetusta, que no quiere decir anticuada, sino añeja y con solera, que no es vieja sino histórica, que no significa rancia, sino clásica, que tiene muchos años y por eso acumula tiempo vivido de tal modo que tiene futuro, que se abre a la posteridad y que supone impulso y estímulo para el tiempo que ha de venir.

Preciosas palabras, sin duda, con las que me siento plenamente identificada y que reflejan lo que ha significado, significa y significará la Universidad de Oviedo para esta ciudad y para Asturias.

Este mismo espíritu de mantener aquellas tradiciones que nos identifican como personas, como sociedad integrante de una ciudad, y de las que nos sentimos orgullosos es lo que ha llevado a crear en el año 1930 la SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA, con el propósito de salvar la difícil situación económica de la Cofradía. Ovetenses entusiastas y sobre todo generosos y altruistas que se las ingeniaron, como bien se dice en su historia, para buscar recursos que hicieran posible sacar a flote las fiestas populares, potenciar su resurgimiento y dar el mayor auge a la tradicional fiesta del Martes de Campo. Ellos y los que les sucedieron han velado por algo tan nuestro que forma parte de la historia de los ovetenses desde el año 1232, año en que doña Velasquita Giráldez donó sus bienes a la cofradía de los sastres y a los vecinos y hombre buenos de Oviedo para distribuir entre los más desfavorecidos de la ciudad.

Desde luego, doña Velasquita seguramente se mostraría enormemente agradecida por permitir que su legado perdurara en el tiempo y los ovetenses también debemos estarlo, pues ello ha permitido que esta fiesta se haya consolidado como una de las celebraciones más tradicionales y antiguas de nuestra ciudad.

Y este gesto generoso de doña Velasquita y de quienes crearon la SOCIEDAD PROTECTORA me lleva a señalar y destacar una de las principales virtudes que creo caracteriza a los ovetenses: generosidad, solidaridad y altruismo.

Hace un tiempo, la vida me sorprendió de nuevo, pero en esta ocasión me trajo un «regalo» no precisamente deseado; me «obsequió» con un cáncer, un cáncer de mama, por suerte, felizmente superado. En momentos como éste cobra fuerza una preciosa frase del querido y admirado por todos los asturianos, el profesor Carlos López Otín al que se la escuché en la presentación de su reciente libro, *La vida en cuatro letras*, y es la siguiente: «la felicidad la reconocemos por el ruido que hace al marcharse». ¡Qué gran verdad! No somos conscientes de lo que tenemos hasta que algo nos amenaza con su pérdida. No sabemos lo afortunados que podemos ser en muchos casos, no sabemos reconocer lo que verdaderamente nos produce felicidad y bienestar, hasta que sientes que lo puedes perder.

El cáncer es una enfermedad que casi nunca se espera, pero que llega y cuando lo hace genera un gran impacto y no solo físico, también emocional, laboral, familiar, en suma, vital. Tu mundo se desmorona y aquellas

situaciones que te inquietaban, te enfadaban o te preocupaban, pasan a un plano inexistente y tu inquietud fundamental, tu deseo es algo tan básico y al mismo tiempo tan esencial como *sobrevivir*, ver crecer a tus hijos, disfrutar de las pequeñas cosas de tu vida, de un paisaje, de un paseo, de un encuentro familiar, compartir momentos con los amigos... Esto es lo que a mí me ha enseñado el cáncer.

Es preciso incidir en la prevención (hasta un 40 % de casos de cáncer pueden ser evitados), es preciso invertir mucho en investigación y es preciso ayudar y atender las necesidades médicas, pero también psicosociales de las personas enfermas y sus familiares desde el inicio y durante todas las fases de la enfermedad. A ello se dedica básicamente la Asociación Española Contra el Cáncer (AECC), gracias al trabajo de muchas personas, voluntarias y profesionales (técnicos de gestión, de prevención e información, psicólogos, trabajadores sociales, logopedas, etcétera). Ellos diseñan y desarrollan los variados programas y las campañas de información y sensibilización que se realizan en el ámbito de la prevención, así como los servicios y programas de atención psicológica y apoyo social (desde la atención individualizada y grupal, el apoyo emocional y acompañamiento, ayudas económicas, material protésico, pisos de acogida, orientación sanitaria y laboral, atención permanente durante veinticuatro horas ininterrumpidas a través del teléfono INFOCÁNCER, y otros muchos), todos gratuitos y tan importantes y necesarios para minimizar y paliar las múltiples consecuencias de esta enfermedad. Y por supuesto, debo destacar los importantes recursos que la AECC aporta a la investigación, imprescindible para poder avanzar, siendo la entidad privada que más recursos aporta a la investigación oncológica en España.

Me gusta decir con orgullo y bien alto que soy «voluntaria» de la Asociación Española Contra el Cáncer desde hace unos años y además tengo el honor de ser su presidenta en Asturias, y puedo decir que me siento muy agradecida y feliz. Y ello por todo lo que me aporta, porque cada día recibo una nueva lección de vida, porque me ayuda a poner las cosas en su sitio, a valorar aquello que para mí, ahora, es importante en la vida y a disfrutar de las cosas buenas que la vida nos ofrece, que son más de las que creemos y no nos damos cuenta.

Porque me ha permitido conocer a muchas personas increíbles y admirables que luchan día a día contra esta enfermedad y, sin embargo, en muchos

casos no pierden su sonrisa. A ellas les digo, como hago muchas veces, que en la AECC no queremos que se sientan solos ante esta enfermedad.

Y también porque me ha dado la oportunidad de conocer a nuestros voluntarios y voluntarias, que nos dedican parte de su tiempo, colaborando en campañas, cuestaciones, eventos varios, labores administrativas y de gestión o acompañando y apoyando a quien lo necesita. Ellos y ellas son, somos, el gran activo de esta asociación, una entidad de personas para personas.

Sin duda alguna, aquí me he encontrado con las personas más generosas, solidarias y desinteresadas que podría imaginar. Personas voluntarias de todo tipo y condición, entusiastas e incondicionales que, en unos casos dedican su tiempo a informar y acompañar a enfermos y a sus familiares en los hospitales durante sus tratamientos, a escucharles, a darles la mano mientras respetan su silencio, a procurar que se sientan un poco mejor aún en situaciones difíciles, a contar su historia para animar a otras personas, o a estar horas en las mesas informativas por toda la región durante las campañas, en las mesas de cuestación, o que ofrecen sus conocimientos para impartir talleres o para colaborar en las labores de gestión u organización de eventos varios; en suma, para ayudar en lo que haga falta. No hay palabras para mostrar mi más absoluto agradecimiento a todas ellas.

Pero hay otras muchas, muchísimas personas y entidades que con enorme generosidad colaboran con nosotros con sus donativos, haciéndose socios, participando en los diversos acontecimientos lúdicos y deportivos, u organizando actividades en favor de la AECC, y gracias a ellas y a sus aportaciones podemos seguir avanzando en prevención, en investigación y, en definitiva, en tratar de mejorar la calidad de vida de los enfermos y sus familias.

Hace pocos días, el pasado día 19 de este mes de mayo, tuvo lugar la cuarta edición de la *AECC en marcha: Asturias contra el cáncer*, por las calles centrales de Oviedo. Puedo asegurar que contemplar la imagen de más de tres mil personas de Oviedo y de otras localidades venidas para la ocasión, todos con la camiseta de la *AECC en marcha*, tiñendo las calles de nuestra ciudad y el Campo de San Francisco de color verde esperanza con tal entusiasmo y entrega, supone una emoción imposible de describir. Y gracias a todas ellas y a nuestros patrocinadores hemos podido convocar la cuarta edición de la Ayuda de Investigación Oncológica Predoctoral para jóvenes investigadores aquí en Asturias.

Por todo ello, quiero dar desde aquí una vez más las gracias a los y las ovetenses y a los asturianos por su apoyo y generosidad incondicional.

Hoy sigo disfrutando de Oviedo. Me sigue encantando pasear por sus calles del centro y las del Antiguo, mirar sus esculturas (siempre me hace sonreír cuando alguien me pregunta dónde pueden encontrar a Mafalda o a Woody Allen, ¡quién nos lo iba a decir!) o contemplar bellos espacios como la catedral y su plaza, donde se encuentra la capilla de la Balesquida que guarda en su interior a nuestra querida Virgen de la Esperanza y que muestro siempre que puedo, o el tránsito de Santa Bárbara que nos conduce a la Corrada del Obispo y bajar por la calle de San Vicente hasta la plaza de Feijoo y el monasterio de las Pelayas, solo por citar algunos.

Pero al mismo tiempo me sorprendo de ver cómo ha crecido sintiéndome en una nueva ciudad, casi desconocida para mí, cuando salgo del centro y me acerco a los barrios periféricos. Vista desde la perspectiva de mi edad diría que es una ciudad que llena mis expectativas vitales necesarias para sentir paz y bienestar. Ciudad limpia, segura, amable, tranquila, con una buena oferta cultural y cómo no, gastronómica, cada vez más visitada y con un entorno y un patrimonio increíble. No en vano por algo ha sido elegida hace poco como una de las mejores ciudades de Europa para vivir, según un estudio realizado por la Comisión Europea.

Soy de las ovetenses a las que gusta ver su ciudad llena de visitantes disfrutando de ella y su entorno, y reconozco que siento un orgullo especial cuando Oviedo y Asturias, se convierten en el centro de atención mediático, nacional y mundial, gracias a nuestra querida institución Fundación Princesa de Asturias, y nuestro teatro Campoamor se engalana para la ocasión para ser visto por millones de personas en el mundo.

Sé que no faltan voces que afirman que Oviedo es una ciudad a la que falta dinamismo y frescura, a modo de La Vetusta de Clarín, «esa heroica ciudad que dormía la siesta», como la describe en su famosa obra, y tal vez las generaciones más jóvenes lo vean así, pero yo no lo percibo de ese modo. Creo que hoy contamos con instituciones, personas o entidades de renombre, punteras e innovadoras en su ámbito de actuación que demuestran lo contrario, que consiguen que Oviedo sea una ciudad atractiva, culta y despierta. Además, los ovetenses somos amables, cálidos, tenemos un gran sentido del humor y «nos va la marcha» un montón, como se demuestra cada

vez que surge alguna nueva iniciativa que invita a participar. Pero es cierto y no debemos olvidar que hay que cuidar a los jóvenes, atraerlos, ofrecerles oportunidades de todo tipo y actividades interesantes que les atrapen, y sobre todo tenemos que ser capaces de transmitirles nuestro cariño por esta ciudad y sus tradiciones para que a su vez ellos puedan hacerlo en el futuro con las generaciones venideras. Yo he procurado hacerlo con mis hijos y creo que ellos, aunque residen fuera como muchos jóvenes de ahora, se sienten y siempre se sentirán ovetenses.

Acabo ya. Espero no haber abusado de su paciencia y solo me queda una vez más felicitar a la SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA por el esfuerzo, el cariño, dedicación y su buen hacer para conservar esta fiesta tan nuestra y permitirnos disfrutarla como se merece. También deseo agradecer de nuevo a Willy Pola y a la Junta Directiva el haber pensado en mí como pregonera, a mi marido, por su apoyo y paciencia al prestarse como *público* en las previas lecturas de este pregón, y muchísimas gracias a todos ustedes por el interés con el que han seguido los recuerdos de esta ovetense orgullosa de serlo.

Ahora solo toca disfrutar. ¡Viva la Balesquida y viva el Martes de Campo 2019!

Muchas gracias.

Oviedo, 29 de mayo de 2019



ESTE VOLUMEN DOBLE DEL
ANUARIO DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA
SE ACABÓ DE COMPONER E IMPRIMIR EN LA SERONDA DE 2021,
TRAS UN AÑO DE CARENCIA DEBIDO A LA CALAMIDAD DE LA COVID-19.
APLAZADA SU APARICIÓN MEDIO AÑO DE LA TRADICIONAL FECHA DE LA
PASCUA DE PENTECOSTÉS, VE LA LUZ EN VÍSPERAS DE ADVIENTO Y
DE LA FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA EXPECTACIÓN,
TITULAR DE LA CAPILLA DE LOS ALFAYATES DE OVIEDO.

OVETO, A. D. MMXXI

Iam tandem Italiae fugientes predimus oras
(Virgilio, *Æneis*, VI, 61).